Por uno de aquellos milagros del corazón que ningún filósofo puede explicar, el amor de Juana tornóse súbitamente aborrecimiento, la dulzura violencia, la ternura altivez.

—¡Oh mi orgullo!—dijo con aire victorioso.—¡Veo que aun estás en tu puesto. ¡Tú eres lo único que amo, lo único que quiero amar! ¡Acabé con él por completo!

Nada dijo á la princesa, y se afirmó en su odio; tuvo la fuerza de tomar una alegría ficticia para todos sus paseos por Venecia. De noche, su corazón era un volcán; pero de día se imponía á su corazón.

No quiero pasear á usted, señora, con la princesa y la señorita de Armaillac por todos los monumentos de Venecia.

Encontraron allí algunos amigos y amigas de la sociedad parisiense y extranjera: la duquesa Colonna, el príncipe Galitzin, la condesa Valeska, Ziem y Díaz, la duquesa de Parisis, Nigra, Saint-Víctor, lord Lytton, dos príncipes de Orleáns y algunos diputados legitimistas que regresaban de Frohsdorff. Venecia es la soledad, mas nunca se está allí solo. Y la ciudad es tanto más adorable cuanto que allí no se encuentran imbéciles. ¿Qué iban á hacer allí?

Un mes después, Juana estaba en Trouville con su amiga.

Otra mar, otro espectáculo. Pero Juana huía en vano de sí misma: no podía huir de Marcial.

XXXVIII

Las máscaras y los corazones

Dióse un baile de máscaras en un castillo próximo á París, en donde se encontró toda la *high-life* de las fiestas de invierno; la señora de Tramont fué con la señorita de Armaillac. Se juraron que no serían reconocidas; las dos iban disfrazadas con adorables dominós blancos guarnecidos de cuchillos impenetrables.

La señora de Tramont no era tan alta como Juana, pero tenía aquella noche su misma estatura, gracias á lo elevado de sus talones. Se presentaron como dos hermanas extraviadas en el gran mundo. Representaron tan bien su papel, que no se las reconoció, tanto más cuanto que la señora de Tramont había dicho que no quería disfrazarse.

La señorita de Armaillac, que no pensaba divertirse, se divirtió mucho; no porque encontrara al marqués de Satanás ni á todos aquellos adoradores de ocasión que se le llevaban el tiempo sin llevársele el corazón, sino porque allí encontró á Marcial.

Como debía pasar, con la señora de Tramont, una temporada en Brighton, se había perfeccionado en el inglés, y en inglés le habló, aun cuando él no la entendiera, por no saber este idioma.

Persistió en no pronunciar ni una palabra en fran-

cés. Y sin embargo llegaron pronto á entenderse; la señora de Tramont, que escuchaba, quedóse maravillada ante aquel gran arte de embrollar las cosas más sencillas.

La señorita de Armaillac había muchas veces encontrado en el gran mundo al señor de Briançon; pero sabido es que no le hablaba. Las miradas eran más ó menos elocuentes; expresaba el orgullo herido, expresando el arrepentimiento doloroso. Para los que saben estudiar la pasión, había todo un misterio en el brillo fugaz de sus miradas, dos espadas que se cruzaban; para los que pasan sin ver nada, había un hombre y una mujer que no se conocían.

Aquel día, en aquel castillo del siglo XVII, en que se había comido y bailado durante todas las locuras de la Regencia y de Luis XV; en aquel parque todavía poblado de ninfas de Coysevo y de Couston que parecían entristecidas desde que no veían más que trajes negros, Juana se paseó por todas partes con Marcial, perdiendo y volviendo á encontrar á su amiga, escuchando las divagaciones de aquel bello promotor de quimeras á quien de sobra había escuchado, pero á quien hubiera querido siempre oir. Se volvía á encontrar como la primera vez que valsara con ella. Era aquél el mismo vocabulario, la misma dulzura en la voz, el mismo arte de embrollar el bien y el mal en una sinfonía amorosa. La señorita de Armaillac se defendía, pues no podía menos de abandonarse con una alegría nueva á todas las seducciones de aquel burlador de mujeres.

—¡Cuando pienso,—dijo,—que no me reconoce y me habla tan dulcemente como hace un año me hablaba...! ¡Luego todas las mujeres son iguales para él!

La señorita de Armaillac se engañaba; el señor de Briançon la había reconocido, pero tenía demasiado talento para decirlo; ella le hubiera detenido á la primera palabra y le hubiera enviado á paseo, mientras que, aparentando no reconocerla, tenía derecho á ser el más apasionado de sus adoradores. Juana se confesaba que aquél era el único, de todos los hombres que en el gran mundo encontrara, el único que hablaba bien de las cosas del corazón, no porque fuera entendido en el tema, sino porque tenía la elocuencia súbita que seduce.

No era sentimental, pero tenía las vivas expresiones del sentimiento. Sentíase que un día podía amar y que amaría con todas las fuerzas de su alma. Había, sí, un asomo de chanza en sus entusiasmos; pero era aquello el grano de sal del guiso del corazón, para hablar como las preciosas de Moliére, que no hablaban siempre tan mal aquellas hermosas del hotel de Rambouillet.

La señorita de Armaillac se atrevió á recordar el pasado.

—Dígame usted, señor hombre de la buena suerte, usted, que tan bellas protestas de amor hace: ¿se olvidó ya de sus víctimas, de la señorita Flor de Melocotonero, que se ha consolado, de la señorita Margarita Aumont, que ha muerto, de dos ó tres mujeres del gran mundo que han concluído por la separación de cuerpos, y...? ¿Hay más? Se me ha hablado de una joven de la más alta aristocracia, cuyo nombre no se me ha dicho: ésta, según se me ha contado, se atrevió á entrar en su casa de usted una noche, de regreso de un baile.

—Chismes son ésos de mujer de mundo. No sé de qué quiere usted hablarme: ¡una joven noble, una gran belleza de corazón nada común! Puesto que no sabe usted su nombre, decirla puedo que á ésa, sólo á ésa, amé hasta morir por ella: aun no estoy seguro de no amarla; pero no hablemos más del asunto: no tengo derecho para amarla.

—¿Se ha casado?

—Ocurre algo peor: no me conoce; luego es una extraña para mí.

Juana notó que Marcial se emocionaba.

—¡Y he ahí por qué me hace usted la corte!

—¿Qué quiere usted? La mujer no tiene derecho á estar celosa del pasado, porque todo amor es una renovación: el corazón tiene sus estaciones como la naturaleza.

—Sí, quisiera usted que yo fuese para usted la primavera tras del invierno.

—Sí, quienquiera que sea usted, siéntola bella á mis ojos, me encanta usted al través de su careta. Ámeme usted una hora, un día, un siglo, y le juro á usted por mi alma que no la abandonaré ni por un instante, que moriré á sus pies.

La señorita de Armaillac se había sentado en un banco del jardín. Marcial, de rodillas ante ella, le dijo más dulcemente que nunca, oprimiendo sus manos:

—¡Ah, cómo te amo!

Ella apartó la cabeza para ocultar sus lágrimas; pero había visto que Marcial tenía también los ojos húmedos.

—¿Por qué?—se preguntó.

Y, volviéndose hacia él,

—¿Es que le recuerdo un amor perdido?

—¡Ah! ¡Por favor, no hablemos del pasado! Amémonos por hoy y por mañana, y no por ayer.

La noche había llegado; la luna se mostraba, dulce y blanca, al través de los árboles, cuyas hojas empezaban á brotar; ligeras nubes por estrellas, el viento Este sacudía los ramajes de la avenida. Era aquélla la estación de las últimas lilas y de las primeras rosas; la naturaleza, toda de fiesta, saboreaba aquellas hermosas horas de amor; los ruiseñores alternaban con los mirlos; los ruiseñores mucho más maestros en su sinfonía perpetua, los mirlos mucho más elocuentes en su rústica sencillez. Se oía sobre todo la orquesta que llamaba á los valsadores y valsadoras, y también los gritos de alegría y los llamamientos de los buscadores. Aun cuando hubiese allí quinientos parisienses, la señorita de Armaillac se sentía sola, sola con Marcial; saboreaba una de aquellas horas amorosas que habían encantado sus veinte años. ¡Era posible que él estuviese allí, á sus pies! ¡Era posible que fuese ella quien le abandonaba sus manos con tanta alegría!

Un instante hubo en que pensó en decirle:

—¡Soy yo, tómeme usted, le sacrifico mi orgullo, como le sacrifiqué la virtud mía!

Pero no quiso humillarse hasta aquel punto. Se levantó, Marcial se puso en pie al mismo tiempo, la estrechó contra su corazón y besó, al través de la mantilla, sus cabellos; Juana rechazóle vivamente; tuvo miedo de sí misma: un abrazo más y estaba perdida, tal era el encanto que á su pesar experimentaba.

El recuerdo del marqués de Cornuelles, un joven

que había pedido y alcanzado su mano, acudióle á tiempo.

—¡Oh Dios mío!—dijo.—Este Marcial me hace olvidar todo. Pero yo me quiero acordar de que juré olvidarle.

. . . . . .

Algunos días después, la señorita de Armaillac estaba en Santa Clotilde en el matrimonio de una amiga del Delfinado, la señorita de Avray, á quien no había visto desde hacía mucho tiempo. Era aquél un matrimonio de la *high-life;* la aristocrática iglesia estaba atestada y se hubiera podido hojear allí todo un libro de heráldica.

Juana había llegado después de empezar la misa: no hubiera tenido sitio donde colocarse si un hombre no se hubiese alzado del suyo al verla.

Aquel hombre era Marcial de Briançon.

Fingió no reconocerle al aceptar su silla. Ocurrió que otro hombre se había también levantado; como éste se marchó después de hacer su acto de cortesía, Marcial quedó junto á su amante.

Se hablaba mucho en torno de ellos, cada uno por sí, Dios por la casada.

No sé si porque se tiene miedo de hacer esposos demasiado felices, nunca vi que nadie pensara en rezar en las misas de matrimonio; en tal día, la iglesia es un salón al que se llevan noticias y en que se discuten modas por la crítica de los vestidos y de los sombreros que figuran en la fiesta.

—¿No es verdad,—dijo de pronto Marcial á Juana, —que es éste un estreno hermoso? Todo París está aquí; la sala se encuentra llena.

La señorita de Armaillac quería no responder; mas no pudo menos de decir al señor de Briançon:

—Le conozco á usted en eso; he ahí cómo comprende usted el matrimonio.

—¡No se equivoque usted! ¡Si el matrimonio es para mí una ceremonia, también es una fiesta!

Y, después de una pausa,

—Al menos, hubiera sido una fiesta si usted hubiese querido.

—¡No avivemos antiguas heridas!—dijo Juana, mirando su libro de misa.

—¿Qué quiere usted? Yo no vivo sino de lo que pasó y sólo soy feliz con mis heridas.

—Pues bien: yo soy tan desgraciada que no vivo sino del porvenir; es decir, de Dios.

Y la señorita de Armaillac murmuró, leyendo:

«Felices los que temen al Señor y se conducen según su ley.»

—Tal vez se figure usted,—replicó Marcial,—que no comprendo nada de esa gran poesía de la Iglesia. La misa de matrimonio, ¿qué es sino el Cantar de los Cantares?

—No comprendo.

Marcial indicó con el dedo este versículo:

«Vuestra mujer será en lo secreto de vuestra casa como una viña fértil. Vuestros hijos estarán en torno vuestro como jóvenes retoños de olivo.—¡Aleluya!—¡Aleluya!»

—Sí, pero todo el mundo no puede cantar *Aleluya*.

Se llegaba á la Epístola.

«Que las mujeres obedezcan á su marido como al Señor, porque el marido es el jefe de las mujeres como Jesucristo es el jefe de la Iglesia.»

Así traducía Marcial; pero la señorita de Armaillac le dijo:

—No hay más que una Iglesia y usted tiene muchas mujeres.

—Tenía muchas mujeres; y es porque en aquella época me encontraba fuera de la Iglesia.

—¡Y ha vuelto usted á ella!

—Sí, porque he comprendido lo que ahora dice el diácono: «El que ama á su mujer se ama á sí mismo»; porque ya dijo Adán: «He aquí el hueso de mi hueso y la carne de mi carne». Lo que no impidió que Eva escuchase á la serpiente.

—Sí, sí,—dijo Juana;—para usted, la mujer es siempre la culpable.

El diácono seguía:

«He aquí por qué el hombre abandona á su padre y á su madre para ir con su mujer, y de dos que eran se tornan una sola carne.»

—Y yo,—murmuró dulcemente Marcial,—abandonaría á mi padre y á mi madre, mi país y mi fortuna, para ir á vivir con una mujer al desierto, porque llevaría el paraíso en mi corazón.

—¡Oh! ¡Cómo le conozco á usted en esas frases hechas!

Otro diácono habíase puesto á leer el Evangelio. Y decía:

«En aquel tiempo los fariseos acercáronse á Jesús para tentarle.

»Y le dijeron:

»—¿Puede un hombre abandonar á su mujer?

»Y respondió Él:

»—¿No habéis leído que el que creó al hombre creó á éste y á la mujer para que fuesen dos en una

sola carne? No separe, pues, el hombre lo que Dios uniera.»

—Así,—dijo Juana, con triste sonrisa,—no ha creído usted las palabras del Evangelio. Ha separado usted lo que Dios había unido.

Marcial miró á Juana con sus bellos ojos profundos y luminosos.

—Dios me es testigo,—la dijo,—de que después de haberla perdido, lo único que anhelo es encontrar á usted nuevamente; sea usted buena cuanto es bella; perdóneme usted, puesto que nos encontramos en una iglesia; déjeme usted esperar que lo que se ha separado será reunido.

Las almas más altivas humíllanse ante el altar; en cuanto se entra en una iglesia, se siente que Dios es grande y que los acontecimientos de este mundo no son sino infinitamente pequeños. A buen seguro que, de encontrarse en un salón, la señorita de Armaillac hubiera seguido mirando á Marcial desde lo alto de su desdén y desde la cumbre de su venganza; pero allí, á pocos pasos de la amiga que se casaba, sintió derretirse sus nieves inaccesibles; sus ojos habían encontrado los de Marcial; vió su alma: aquella vez no trataba él de engañarla; así es que no le regateó la esperanza, y le dijo:

—Hace mucho tiempo que mi madre nos espera.

Cuando Marcial salió de la iglesia, su corazón cantaba *Aleluya*.

—¡Ah!—dijo.—¡Suele ser más difícil triunfar de una mujer la segunda vez que la primera! Juana se dió á mí como querida: me ha sido necesario conquistarla como mujer.

Adelantábase á sí mismo, con la alegría en el alma,

caminando alegremente y dando gracias al cielo; pero se detuvo de pronto, diciéndose:

—¿Y Aubepine?

La señorita de Armaillac había quedado arrodillada después de partir Marcial, sin apresurarse, como todas sus vecinas, por seguir á la ola de curiosos hacia la sacristía.

Aun cuando se encontrara en mitad de la muchedumbre, sentíase sola ante Dios; su corazón estaba tan contento que lágrimas de alegría se desprendían de sus ojos.

—¡Oh Dios mío!—murmuró.—¡Gracias por habernos reconciliado! ¡Sólo Vos, oh Dios mío, podíais hacer milagro tal!

En efecto, era necesario aquel encuentro en la iglesia, para que la señorita de Armaillac prescindiera de su orgullo ante el señor de Briançon. Nunca, en el mundo, hubiérase humillado hasta perdonarle. Le parecía que sólo por Dios había hecho á su amor el sacrificio de su altivez.

Tal fué el imperio que Marcial recobrara sobre ella, que olvidó, hasta salir de la iglesia, su promesa de matrimonio al señor de Cormeilles. Cuando recordó esto, se estremeció y se detuvo en seco, poco más ó menos como el señor de Briançon se detuviera al pensar en Aubepine.

—Es demasiado tarde,— dijo.— Estoy maldita, puesto que no puedo ser feliz. El señor de Cormeilles me ama, y yo no le amo; pero le he dicho que seré su mujer, y no puedo casarme sino con Marcial.

Cuando Juana entró en su casa, arrojóse al cuello de su madre.

—¡Oh, mamá! ¡Qué desgracia! Marcial va á venir

á pedirte mi mano; mas no puedo casarme con Marcial, porque debo casarme con el señor de Cormeilles... y no puedo casarme con el marqués de Cormeilles, porque amo á Marcial...

Con estas palabras, Juana destruía todas las esperanzas de su madre.

La señora de Armaillac había experimentado un gran placer al ver que su hija se decidía á dar su mano al señor de Cormeilles, un noble rico y un hombre á la moda; la señora de Tramont había ya propagado este matrimonio por todos los salones como una victoria de su joven amiga: daría lugar á un escándalo la negativa de la señorita de Armaillac.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIX

Las lágrimas de Aubepine

Una mañana, la señorita Larochette, apodada Lengua de Hacha, encontrándose á Aubepine, díjole á quema ropa:

—¡Apañadas estamos, querida! Parece que nuestros dos amantes se casan á izquierdas y á derechas con aquella remilgada que se llama la señorita de Armaillac.

—¿Nuestros dos amantes?

Aubepine no comprendía.

—Sí, querida: ni más ni menos. El señor marqués de Cormeilles y el señor conde de Briançon. Pero

tranquilízate, no le saldrá todo como piensa á esa señorita.

La llamada Lengua de Hacha continuó largo tiempo hablando en este tono, deshaciéndose en imprecaciones, mientras que Aubepine, herida en el corazón, no sabía qué decir; conocía la pasión de Marcial por Juana, que era la única mujer á quien temía. Ya había dicho á su amante:

—Tu amor por la señorita de Armaillac es como una herida que se abre á cada momento.

Pasaba esto en el castillo de Madrid, donde aquellas señoras aguzaban su apetito á eso de las seis, antes de ir á cenar al pabellón de Armenonville. Fué el golpe tan terrible para Aubepine, que regresó á casa antes de ir á cenar, no obstante ser esperada. El señor de Briançon habíale dicho que no la vería hasta media noche; pero ella confiaba vagamente en tropezársele, ya en los Campos Elíseos, ya en el bulevar de los Italianos, á donde ordenó á su cochero que la condujese.

No le encontró. A las siete y media franqueó los umbrales de su hotelito con la muerte en el alma. Él no había pasado por allí, no había escrito. Naturalmente, tomó una pluma y papel: tan grande era su dolor. Y escribió:

«Marcial mío:

»¿No es verdad que es imposible? ¿No es verdad que es una mentira? Se me dice que te casas. No lo creo, y, sin embargo, estoy llorando. Es que eso fuera mi muerte: tu amor mata; acuérdate de Margarita Aumont. ¿Puedes tú hacer eso? ¿No has pensado en mí? Cuando me sedujiste en los Campos Elíseos, yo era feliz sin amor: hoy sería la más desgraciada de

las mujeres si tú llegases á faltarme. Tendrás piedad de mí, la tendrás de mi corazón. Por otra parte, el amor tiene sus derechos. Puedo decir que *no quiero,* porque eres mío. ¿Te figuras que yo te abandonaría por un millón? No sé por qué te escribo; estoy loca, puesto que esta carta no te encontrará en casa y vendrás aquí á media noche. Es que tal vez no tuviera valor para decirte todo esto. Además, si tú estuvieras aquí, una sola palabra tuya me desarmaría, mientras que esta carta te obligará á darme explicaciones. ¡Ah! ¡Marcial, no me mates!

»Tu Aubepine,

»*Rosa ayer y blanca hoy.*»

Aubepine fué luego á abrazar á sus inseparables.

—¡Infeliz de mí!—dijo.—¡Ya no somos *él* y *yo!* ¡Yo he muerto, él se consuela con otra!

Miró de frente su vida sin Marcial. ¿Qué haría? No tendría necesidad de molestarse para encontrar uno ó un par de amantes. Muchos había que no esperaban más que una señal para cubrirla de oro.

—¡Pero es que el dinero no hace la dicha!—se dijo.—Se puede ser feliz con dinero cuando no se ama, pero es un suplicio ser pagada por un hombre á quien se aborrece. Y yo siento que odiaría al que ocupara el puesto de Marcial. ¡Antes morir cien veces!

La mayoría de las mujeres dicen esto; pero son ellas palabras arrancadas por la pena, en la inconsciencia de las lágrimas. Casi todas vuelven en sí de este abatimiento para pensar en la venganza, por amor á la vida, por las ventajas de posición. Pero Aubepine hablaba de buena fe, se atrevía á mirar la muerte de cerca, como un consuelo novelesco.

XL

La palabra de Dios

La señorita Flor del Mal, que tan discreta se había mostrado con Juana, que no la había saludado con la mirada, en el Bosque ó en el teatro, sino cuando la señorita de Armaillac la miraba con simpatía, acudió de nuevo en su auxilio contra el marqués de Cormeilles.

He aquí cómo:

Sabido es que en París los mejores maridos del mañana no abandonan su modo de vivir antes de la ceremonia: continúan por el torrente sin cambio alguno en sus costumbres. Más de una vez el señor de Cormeilles había hecho la corte á la señorita Flor del Mal. Ésta tuvo el arte de hallarse en su camino. Él quedó encantado ante sus ojeadas, á las cuales no resistió, de tal manera que, á una carta de ella, contestó con un lindo billete, que no firmó, pero que valía muy bien lo que un billete de banco. Flor del Mal fué á casa de la señorita de Armaillac, á quien entregó las pruebas del delito.

Cuando el señor de Cormeilles fué á hacer sus visitas cotidianas, Juana le hizo presentar estas pruebas bajo sobre, por medio del ayuda de cámara, haciéndole saber que no podía recibirle.

El marqués comprendió; volvió una hora después,

pero tampoco fué recibido; escribió, mas no le contestaron. La comedia había acabado.

La señorita de Armaillac había aceptado de él una sortija de esponsales; se la devolvió, rogándole la diera á la señorita Flor del Mal, cosa que él hizo, con alegría de ambas mujeres.

—Decididamente,—dijo Juana, –Flor del Mal es así llamada por antífrasis. Yo no la llamaré más que Flor del Bien.

Fuéle, pues, permitido creer en la felicidad. Desde el siguiente día, Marcial fué quien la hacía la visita cotidiana. No se hizo esperar mucho la publicación de las amonestaciones.

—Dos siglos hace que aguardo,—dijo Marcial.

—Y yo,—replicaba Juana,—espero hace más tiempo, pues hace dos años.

. . . . . .

El matrimonio verificóse sin ruido; era la época de la caza, y en París no había nadie... del *Todo París*.

Enviáronse tarjetas de participación para anunciar que el matrimonio había tenido lugar. La bendición nupcial fué dada en la Trinidad, á las ocho de la mañana. No estaban presentes sino los testigos de ambas partes y las señoras de Armaillac y de Tramont.

Estaba también, en un rincón de la iglesia, rezando de buena gana, la señorita Flor del Mal.

Me olvidaba. También había una mujer, cuyo rostro cubría un velo, que no oraba.

Nunca la señorita de Armaillac había sido tan profundamente religiosa; comprendía entonces que era necesario que Dios estuviese con ella.

Pero todo el que aquí abajo acércase á la dicha, no osa dar un paso sin levantar los ojos hacia el cie-

lo. El mismo Marcial, que siempre se chanceaba, estaba dominado por la majestad de aquel sacramento, que tantos escépticos han hecho objeto de sus burlas, porque nunca tocóles la gracia.

El señor de Briançon seguía con la vista, como Juana, en el libro de oraciones de la casada, estos versículos bíblicos:

«Haced que el yugo del esposo sea un yugo de amor y de paz.

»Haced que, casta, se case en Jesucristo. ¡Que sea dulce para su esposo, como Raquel; casta como Rebeca; fiel como Sara! Haced que, fiel á su espóso, no manche el lecho nupcial con ningún comercio ilícito; haced que obtenga, en su pudor, una feliz fecundidad; haced que los desposados vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación.»

Juana dió las gracias á Dios con efusión por haberla vuelto á la vida de santidad y á la verdad de la vida. Marcial reconoció que no se entra impunemente en la iglesia: encuéntrase allí la perdida luz y la fuerza de hacer bien.

No hay estoicismo antiguo que valga lo que la palabra de Jesucristo, porque el sentimiento es preferible á la razón, porque lo que hay de mejor en el espíritu humano es el Divino espíritu.

XLI

El puñal

Marcial y Juana no repararon, cuando se encaminaban á la sacristía, en la mujer velada, recostada en el pilar, que estaba allí como en el quinto acto de un drama. Al través de su velo se veía su palidez. No fué á la sacristía, porque no había sido invitada á la ceremonia. El lector habrá ya supuesto que era Aubepine. Salió por una puerta lateral y subió á su coche, que la esperaba en la calle de Clichy.

En el momento de subir, sus ojos fueron atraídos por una tienda en que se vendían curiosidades. Como todas las mujeres que rehacen su educación, conocía los estilos de muebles, porcelanas y demás.

¿Entró en aquella tienda con objeto de enriquecer su colección?

—Señora,—dijo, abriendo la puerta,—poseo un rico surtido en estiletes del siglo XVI. ¿No tiene usted nada de esa época?

Se le enseñaron puñales, dagas, cuchillos.

Tomó en seguida un puñal florentino bellamente trabajado.

—Se me ha dicho, señora,—dijo el ama de la tienda,—que ese puñal está cincelado por Benvenuto Cellini.

Aubepine, que tenía el sentimiento artístico, sonrió amargamente y murmuró:

—Mejor que mejor.

Y pensó que su propósito no era herir con un cuchillo vulgar.

Media hora después, Aubepine llegaba al Parque de los Príncipes, delante de un hotel al que Marcial y la señorita de Armaillac habían de ir á media noche, luego de dar un paseo hasta San Germán.

La señora de Tramont había distribuído todos los placeres del día, destinado su hora á cada cual; ella era quien había aconsejado se pasara la noche de boda en el Parque de los Príncipes, en el hotel de una amiga suya, desde hacía algún tiempo ausente; había llegado su solicitud hasta ocuparse de la alcoba nupcial, para asegurarse de que nada faltaría á la felicidad de los recién casados.

Aubepine no sabía cómo arreglárselas para introducirse en aquel hotel; había llevado consigo un puñado de oro, reconociendo que es éste el mejor de todos los pasaportes.

Al llegar al hotel exclamó:

—¡Ah! ¡Qué dicha!

Hay dichas relativas. La dicha para ella, en aquel momento, residía en este letrero, que en la verja se destacaba:

Hotel para alquilar.

Llamó con una sonrisa.

—¿Es usted de la boda?—la preguntó el conserje.

Poco faltó para que Aubepine no respondiera.

—¡Oh, no!—dijo por fin.—Conozco algo á la novia y mucho al novio; pero lo que aquí me trae es que sé que este hotel se alquila y quiero alquilarle.

—Doce mil francos,—dijo el conserje, mirando á

Aubepine, para saber si era necesario bajar á diez mil.

—Me conviene,—dijo ella.—Veámosle.

—Imposible, por hoy. Pasado mañana, con mucho gusto.

—No hay fiesta sin abuela,—pensó Aubepine.—Eso es que Marcial... y su mujer... quieren pasar aquí el día de mañana.

—Sé lo que á usted le detiene,—dijo, dando al portero cinco luises.—No quiere usted que se entre en la alcoba nupcial. Ha de tener usted muy en cuenta que no hace falta decir una palabra.

El conserje aún no sabía si debía tomar ó rehusar los cinco luises.

—¡Vamos, hombre! Si no quiere usted enseñarme ese aposento, no me lo enseñe usted.

—Bueno, aprovechemos la ocasión de estar fuera la doncella.

Aubepine tuvo una rápida ojeada para el entresuelo del hotel. Cuando llegaron al primer piso, delante de la alcoba destinada á los esposos, el portero quería pasar sin abrir.

—Vaya, ande usted,—dijo Aubepine, dándole otros cinco luises.

—Verdad que es la más linda habitación del hotel y que es necesario que la vea la señora: en interés del propietario voy á enseñársela.

Era una alcoba tapizada de damasco azul, con un lecho de dos caras sobre un estrado; frente á la cama estaba la chimenea, sobre la cual había una luna de Venecia; á cada lado del lecho, una ventana; detrás de él, dos gabinetes de tocador con portiers.

Aubepine pensó que le sería fácil ocultarse en uno

de aquellos gabinetes, porque estaba firmemente decidida.

—Caballero,—dijo al conserje,—cuanto más miro este hotel, más resuelta estoy á acabar en él mis días; todo me gusta: el patio, el hotel y el jardín.

Y con un suspiro,

—Esta alcoba es deliciosa con sus tintes azul celeste. ¡Qué dicha ha de ser dormir aquí!

Aubepine volvió á subir al coche, después de preguntar al cochero á qué hora estaría allí la doncella de la novia.

—No vendrá hasta la tarde, luego de haber comido; tal vez no mucho antes que sus amos, pues me ha dicho que todo se halla en orden para esta primera «reunión».

Cuando Aubepine estuvo de vuelta en su hotelito, púsose seriamente á hacer su testamento. No tenía una fortuna que legar, pero contaba con muchas nonadas encantadoras que harían la alegría de aquellos en quienes pensara. No olvidó ni á Marcial ni á Juana. Dejó á ésta un libro de misa con la letra A en relieve bajo una corona de conde. Aubepine... Armaillac... ¿No era la misma letra? Legó á Marcial un retrato apenas esbozado por Madrazo, un verdadero rayo de sol. No olvidó á ninguna de sus amigas, y tampoco á su doncella.

Luego de haber firmado, púsose á hojear algunas cartas que en un cofrecito de ébano ocultaba con amor. Eran cartas de Marcial; pero entre ellas había todavía una de Juana.

—¡Ah!—exclamó.—¡Cómo la amaba también por aquel entonces! ¡Pero segura estoy de que ella no le ama como le amo yo!

Reflexionó que aquella carta de Juana era un testimonio en contra suya.

—¡Infeliz de mí!—dijo.—Esta carta me acusa. No he cometido en mi vida más que una mala acción: arrebatar á Marcial las cartas de la señorita de Armaillac.

Metió la última en un sobre y puso en él las señas de Juana.

Después de remover estos recuerdos, Aubepine abrió un pequeño cuaderno en que el señor de Briançon había escrito, entre dos bocanadas de humo, algunas páginas de su vida. No era ésta la vez primera que leía aquellos fragmentos; volvió á deletrear estos dos párrafos:

«Ayer, con trabajo lo creo, una joven del gran mundo vino á arrojarse en mis brazos con abundancia de corazón, entregándoseme en cuerpo y alma, como si yo fuera digno de ella. Yo, que no tengo miedo á los hombres, estoy asustado con esta buena suerte.

. . . . . .

»No en vano había previsto que la señorita XXX introduciría el drama en mi vida. ¡Pobre joven! Anteayer, al regresar con Margarita Aumont, la encontré sobre mi lecho, envenenada y con una puñalada. Aún me pregunto si todo esto no ha sido un sueño. ¡Oh caprichos del corazón humano! ¡Oh misterios del amor! ¡No la amaba antes de esta tragedia; morir por ella quisiera en este momento! ¡Ah, cuán bella y conmovedora estaba en su palidez marmórea! Una revolución se ha operado en mí; ya no amo á Margarita, amo á la señorita XXX.»

Aubepine leyó dos veces estas líneas.

—Sí, sí: cuando haya muerto me amará,—se dijo. —Y si no me ama, no podrá olvidarme.

Llamó á su doncella.

—Hortensia, vaya usted á casa de mi modista, y dígale que venga á vestirme á las ocho y no á las diez como estaba convenido.

—¿Es que saldrá esta noche la señora?

—Sí; tal vez venga usted conmigo.

—¿A dónde irá la señora?

—Ya lo verá usted.

Aubepine, que se había levantado, se acercó á un retrato de Marcial que le representaba en su eterna sonrisa burlona.

—¡Infeliz de mí!—se dijo.—¡Cuando pienso que llegué á creer en el porvenir con este hombre!

XLII

El lecho nupcial

Conforme habíalo decidido la señora de Tramont, cuando la novia salió de la iglesia fué á ponerse un vestido de viaje y partió con el señor de Briançon para San Germán. Y fué aquel un viaje encantador. Era la primera vez que Juana sentía que Marcial era todo de ella; así es que su frente resplandecía. Aquel sueño tantas veces recomenzado, convertíase al fin en realidad. Era aquello la dicha, puesto que la dicha no existe sino á dúo. Ella era de él, él era de

—Yo no le olvidaré,—dijo Juana con tristeza.

Estaba casi tan blanca como la difunta. Miraba á Aubepine con terror. De repente estalló en sollozos y la abrazó anegada en lágrimas y con un grito del corazón, como si en ella se hubiese visto.

. . . . . .

—¡Oh Dios mío, Dios mío!—dijo Marcial con desesperación.—¡He buscado la dicha, y no recojo otra cosa que sangre y lágrimas!

Y, volviéndose hacia Juana,

—¡Por qué no comencé por donde acabo!

Y como para todo, aun en sus horas más tristes, encontraba la frase filosófica, *¡Ser ó no ser amado!* dijo, como Hamlet dijera en otro tiempo: *¡Ser ó no ser!*

Hoy don Juan es amado, Romeo no lo es ya mucho. Amar y no ser amado no es vivir. Amar y ser amado es vivir dos veces, en todas las alegrías y todas las angustias de la pasión.

Marcial vivió dos veces.

Pero ¿y Juana? ¿y Margarita? ¿y Aubepine?

FIN

—Sí, es imposible,—repitió la señorita de Armaillac.—Creo que estoy loca, y me pregunto si no soy yo la que está ahí, muerta de una puñalada.

Miráronse los novios como para preguntarse si la dicha era posible después de aquella noche de boda.

Marcial había llamado, aunque sin saber por qué, puesto que Aubepine no podía ser auxiliada y puesto que él no quería atraer la curiosidad sobre aquel misterio.

La doncella acudió esta vez, casi despierta, creyendo la llamaba su ama. Cuando abrió la puerta, Marcial la preguntó:

—¿Cuándo entró aquí la mujer que está muerta sobre el lecho?

—No sé,—dijo la doncella.—Me dormí á pesar mío en cuanto estuve de regreso. Ahora me explico por qué se me obligó á cenar en Bolonia.

—¿Y quién la ha obligado á usted á cenar en Bolonia?

—Una doncella amiga, que deseaba distraerme hasta que ustedes llegaran, y me ha hecho beber vino de Champagne.

—¡Pobre Aubepine! — exclamó Marcial. — ¡Qué bien preparada tenía su venganza!

. . . . . .

Miraba, ocultando á Juana la desolación del corazón suyo, aquel adorable rostro empalidecido por la muerte.

Y, sin dejar de estrechar la mano de Aubepine, estrechó la de Juana, diciéndole:

—Nos iremos á Italia. ¡Nuevo país, nueva vida! Es menester que ese cuadro se borre de nuestros ojos.

La mujer vestida de blanco tenía sangre en el corpiño.

. . . . . .

—¡Oh Dios mío!—pensó Marcial, llevando la mano á sus ojos y no sintiéndose con fuerzas para avanzar. —¡Toda esta dicha prometida no era más que un sueño! ¡Este matrimonio, para ella, no era otra cosa que una separación! ¡Por segunda vez ha querido morir, morir por haber pecado! ¡Se ha castigado á sí misma en su felicidad!

El señor de Briançon no hubiera tenido tiempo de decir esto. Trató de expresar el rápido pensamiento que cruzara por su mente. Se detuvo en su espanto cosa de un segundo; precipitóse á la cama, pero tropezó en una mujer desvanecida que el cortinaje no le había dejado ver.

Era aquello para perder el juicio.

Se arrodilló ante la mujer desmayada.

¡Reconoció á la señorita de Armaillac!

—¡Juana!—gritó.—¡Juana! ¡Dígame usted que no está muerta! ¡Juana!

—No, amigo mío,—dijo la joven dulcemente, porque volvía en sí;—no estoy muerta, pero ocurre algo peor.

Levantando á su mujer en sus brazos, Marcial no dudó de que la que estaba sobre el lecho fuera Aubepine.

—¡Pobre criatura!—pensó.—¡No la creí tan loca!

Cuando se halló en pie, tomó á Aubepine en sus brazos, cual si esperase que ésta tampoco estuviese muerta.

Pero la desdichada había sabido herir.

—¡Esto es imposible!—dijo él.

to envuelta en su inocencia. Tiene aires de pureza que sientan bien á su encanto, que no son para infundir atrevimiento. La conversación se suspende á cada palabra; se piensa en el desenlace del día con un sentimiento más familiar que amoroso. Pero entonces no se estaba en tal caso. El hielo habíase roto; se había ya franqueado el Rubicón; si se había tornado al otro lado, no se sentía inquietud para volverlo á franquear. Abandonábanse, pues, al placer de estar juntos, sin inquietud por la noche ni por la mañana. No debía haber nada de imprevisto.

A las once y media pusiéronse en marcha hacia el Parque de los Príncipes, sin tomar el tren, con los caballos que les habían paseado por el Bosque. Aquel regreso de San Germán á la luz de la luna, bajo el millón de estrellas encendidas, resultó encantador.

—He ahí los verdaderos fuegos artificiales,—dijo Juana.

—Sí,—añadió Marcial;—no hacen falta otros para la noche de bodas.

Encontraron al portero sobre las armas; pero la doncella estaba profundamente dormida en el saloncito. Tan difícil se hacía despertarla, que la señorita de Armaillac quedó sorprendida ante aquel sueño desacostumbrado, porque la muchacha no era una dormilona.

—Después de todo,—dijo Marcial,—para nada la necesitamos. Yo desnudaré á usted.

Poco faltó para que Juana le replicara:

—No sería la primera vez.

Pero el sacramento del matrimonio habíale devuelto su primitivo pudor.

—No,—dijo,—no me desnudará usted, señor marido; y aun exijo que no entre usted en la alcoba hasta que le llame.

Marcial estaba resuelto á obedecer siempre.

—Segura esté usted, mi querida Juana, de que siempre diré: «¡Cúmplase su voluntad!» Quiero que mi voluntad se estrelle contra la de usted... lo cual no impedirá que te ame mucho...

Marcial había abrazado á Juana, que había avanzado sola hacia la alcoba.

Él bajó al vestíbulo para matar el tiempo fumándose un cigaro.

Pasó un cuarto de hora sin que Juana le llamase. Esperó cinco minutos más, y subió al fin á paso de lobo para escuchar á la puerta: no oyó nada. Sin duda el tapiz de Persia de la alcoba ahogaba los pasos de la señorita de Armaillac. Por otra parte, también podía estar en el gabinete de tocador.

Llamó tres veces, como hombre que se impacienta. No obtuvo contestación. Fué á llamar más lejos, en la pared correspondiente al gabinete mencionado. Tampoco le respondieron. Se decidió á entrar.

El primer espectáculo con que sus ojos tropezaron fué el que ofrecía una mujer tendida sobre el lecho, en traje de recién casada y con una corona de azahar en los cabellos, sueltos.

. . . . . .

Su primer pensamiento fué que la señorita de Armaillac, siempre novelesca, había querido darle aquel espectáculo.

La alcoba estaba muy poco alumbrada por dos bujías color rosa que ardían en la chimenea.

Marcial dió un paso. Esta vez quedó aterrorizado y dejó escapar un grito.

ella. Todos los dolores del pasado se suavizaron hasta hacerse sabrosos; porque en los días de alegría, los más tristes recuerdos tienen un encanto inefable. Más de una vez se dijo en el vagón: «¿Te acuerdas?» Y se abrazaban los ojos. Y se revivían todos los pasados sentimientos hablando del porvenir.

—¡Cuánto tiempo perdido!—decía Marcial.

—¡Cuánto tiempo perdido!—repetía Juana.

Desgrieux, que prometiera casarse con Manón, enseñó cuán dulce es defraudar los derechos de la Iglesia; Marcial no tenía ya necesidad de defraudar estos derechos, pero también parecíale dulce sorprender besos permitidos bajo los tres túneles que se encuentran de París á San Germán. Hasta me parece que en el tercero fué Juana quien pidió el beso.

Conocía la desdichada todo el sabor de las alegrías prohibidas; así es que aun cuando ya estuviera casada ante los hombres y ante Dios, le parecía que todavía robaba su felicidad.

En San Germán, Marcial pidió la comida para las siete. Había telegrafiado para tener el *landó* de un amigo, que allí veraneaba; partió, pues, para el Bosque, á fin de encontrarse en plena soledad.

En cuanto se vió bajo el árbol de San Luis—que en todas partes hay árboles—pusiéronse á pasear á pie. El amor no quiere testigos. Se internaron en las más sombrías alamedas, como para ocultarse hasta del cielo. Sin duda se abrazaron nuevamente. Menester será poner á su charla signos de admiración.

Si el paseo fué muy sentimental, la comida resultó muy alegre. Cuando una recién casada se encuentra, el día de la boda, frente á su esposo, hállase un tan-

ÍNDICE

	Págs.
I.—Menos de frente	5
II.—Un vals infernal	11
III.—Cómo se aviva el fuego	20
IV.—Retrato de dos amantes	28
V.—Los garfios del pecado	31
VI.—El día ante la mesa	34
VII.—El desayuno de Margarita	45
VIII.—Por qué Juana lloraba en un extremo de la chimenea de la alcoba de Marcial	56
IX.—Los dramas del corazón	58
X.—Así va el mundo	62
XI.—El amor del abismo	68
XII.—Las horas de locura amorosa	75
XIII.—En el que se ve bailar á la señorita de Armaillac	78
XIV.—Dios y Satán	81
XV.—El valvén del corazón	84
XVI.—Del peligro de escribir cartas	88
XVII.—La víspera del matrimonio	94
XVIII.—Y, sin embargo, era bella	98
XIX.—El lecho nupcial	101
XX.—Las dos cenas	104
XXI.—El puñal	107
XXII.—Los inseparables	110
XXIII.—Las dos venganzas	113
XXIV.—El museo de las tentaciones	115
XXV.—El collar de perlas	123